



SOBRE EL ESPÍRITU DE LA ASUNCIÓN – IV

Conocimiento y amor a Jesucristo.

Madre María Eugenia – 10 de marzo de 1878

Mis queridas Hijas,

Hemos hablado la última vez del amor ardiente a la verdad que, desde el corazón de san Agustín, debe descender al nuestro para inflamarlo; pero, a propósito, no os he hablado del que es la verdad misma y el objeto propio de todo el ardor de nuestra adoración y de nuestro amor, Nuestro Señor Jesucristo. Sentía que no tendría tiempo para deciros lo que debe ser para nosotras.

Hoy no sé cómo expresarlo, porque ahí está la vida de nuestra Congregación. El amor a Jesucristo y a la Iglesia es su carácter principal. Me diréis quizá que en esto no tenemos nada que sea propiamente nuestro. Por otra parte, puede que haya algo de específico, es decir, que además de este amor, que es la esencia de toda la vida religiosa, haya algo que sea propio del Instituto. No es ese nuestro caso. Nuestro amor debe ser aquél con el que, desde el principio de los tiempos, Nuestro Señor Jesucristo ha iluminado a su Iglesia. En este aspecto, todos los doctores, todos los religiosos, todos los santos de todos los tiempos tienen algo que enseñarnos; no nos limitemos a las enseñanzas de una Orden especial.

He aquí también, uno de los rasgos admirables que encontramos en san Agustín. Este gran Doctor tiene un corazón tan amplio como la Iglesia, un espíritu amplio también como ella; no hay en él nada de especial ni de exclusivo. Esto, Hermanas, es otra de las características de nuestra Congregación. Debemos tener un espíritu católico, y universal. Uno de nuestros Padres y amigos, Monseñor Gay, decía hablando de nosotras, que éramos una Congregación católica por excelencia. Esto es lo que debemos desear conservar siempre, es decir, este espíritu católico, inspirado en la devoción tan amplia, tan generosa, tan eclesial del gran san Agustín, que sirvió y amó siempre a la Iglesia con tal amplitud de corazón.

Ahora, queridas Hijas, ¿cómo encontrar las expresiones para mostraros lo que debemos ser para Nuestro Señor y lo que Nuestro Señor debe ser para nosotras? Emplearé expresiones consagradas por la Iglesia. Mientras que a todo cristiano le dice que sólo está en este mundo para conocer, amar y servir a Dios, yo os diré que cada una de vosotras, al entrar aquí, ha entregado su vida para conocer, amar y servir perfectamente a Nuestro Señor Jesucristo, y para hacerlo conocer, amar y servir.

En el fondo, la diferencia entre la vida cristiana y la vida religiosa está en ese perfectamente. No hay dos Evangelios. El Evangelio que se ofrece a todos los cristianos es también el que se da a las almas religiosas, pero estas lo abrazan con adoración y con amor, mediante una elección y una llamada misericordiosa de Nuestro Señor. Van a su encuentro, le dan la mano y les dice que nada les parece demasiado duro ni demasiado costoso en lo referente a su servicio; que quieren abrazarlo todo, que quieren ser tan pobres, tan obedientes, tan amantes, tan puras, tan evangélicas como les sea posible, y que no pondrán límite a la entrega de sí mismas; que quieren trabajar en su perfección según su Regla y con la gracia de Dios.

Dios es un padre lleno de bondad; la Iglesia es una madre buena que a todos da dones excelentes. El Evangelio está en manos de todos, pero sólo un pequeño número tiene verdadera voluntad de realizar lo que Nuestro Señor dice: “Si quieres ser perfecto, vete, vende todo lo que tienes y dáselo a los pobres, luego ven, y sígueme”¹. Esa es la vida religiosa; está contenida toda entera en el Evangelio, de tal modo, que hay una Orden en la Iglesia que hace voto de observar el santo Evangelio en pobreza, en castidad y en obediencia. Esta Orden es la de san Francisco.

Pero, volvamos a nosotras. ¿Qué es conocer perfectamente a Nuestro Señor Jesucristo? Ya hemos dicho algo de esto al hablar de esa necesidad del alma que quiere conocer más y más la verdad y, sobre todo, la verdad divina.

Hay dos maneras de conocer a Nuestro Señor: una es la enseñanza religiosa que se recibe con amor y de la cual se está ávido; la otra es la atención del alma a Jesucristo, el gran concepto que tiene de Él.

Respecto a lo que nos enseña la fe, sabéis perfectamente que Nuestro Señor Jesucristo es la segunda persona de la Santísima Trinidad. Sabéis también que, de toda la eternidad, el Verbo es la alegría del Padre, que Dios se complace en el conocimiento que tiene de todas las cosas en su Hijo Único. El Verbo es la sabiduría del Padre, su amor, y de este amor del Padre y del Hijo procede, desde toda la eternidad, el Espíritu Santo.

Sabéis también que, al principio del mundo, la Santísima Trinidad actuó en la creación. El Padre es el creador, pero lo ha creado todo por su Verbo; y piensan algunos intérpretes que cuando creó al hombre tenía presente la imagen del Hombre Dios, Nuestro Señor Jesucristo, y la de la Virgen, su madre, destinados a nacer en la plenitud de los tiempos, incluso si no hubiese existido el pecado. El hombre ha sido creado según este modelo admirable del Verbo Encarnado. Al crear al hombre Dios le dio una naturaleza con facultades aún no dañadas por el pecado, para poder conocerle; al mismo tiempo, el Señor; infinitamente bueno, derramaba en él la gracia, lo hacía hijo de Dios, destinado a poseer la vida eterna y la visión divina.

En nuestras relaciones con Nuestro Señor, no olvidemos, por lo tanto, lo que es como Dios, como Verbo Divino, gozo infinito del Padre, vida eterna, creador y nuestro primer bienhechor, que, al darnos la naturaleza, nos dio también la gracia. Pero, esto no es todo: el hombre cayó, llegó el pecado que separó al hombre de Dios. En su infinita misericordia, Dios prometió que su Hijo Único vendría como redentor. Jesucristo al descender al mundo, no viene únicamente para que el hombre le conozca y le ame; viene para rescatarle, y para devolverle la esperanza.

¹ Mt. 19, 21

Debemos profundizar todos estos pensamientos, pues cuánto más veamos en Jesucristo lo que es como Dios, más nos impresionará lo que es como hombre, su nacimiento, su infancia, su vida oculta, su vida pública, sus enseñanzas, sus sufrimientos.

Así es como el alma se pone en contacto con Jesucristo como creador y como redentor; es lo primero que tiene que estudiar, el primer conocimiento que puede adquirir; pero esto no basta, y, después de esta reflexión sobre Jesucristo, es necesario que el alma esté atenta a Jesucristo, que se ocupe íntimamente de Jesucristo.

¿Creéis que bastaría para conocer a Nuestro Señor el saber lo que es, lo que ha sido, lo que ha hecho, sin que el alma estuviese penetrada de amor, sin el recogimiento, sin un esfuerzo hacia la unión? No, esto no sería conocer bien a Nuestro Señor. ¿Después de decirnos que tenéis que estudiar a Nuestro Señor Jesucristo, os diré, pues, -perdonadme la expresión- que tenéis que vaciaros de todo lo que no es conforme a Él?

Cuando otros muchos pensamientos, otras preocupaciones, otras inquietudes, quieren llenaros el espíritu, tenéis que decirnos: “He sido creada para lo eterno, Dios me ha dado a su Hijo único para que llene mis pensamientos, para que sea la admiración de mi espíritu; ¿querría, pues, ocuparme en calcular durante horas, días y noches, tal y tal obstáculo, tal y tal dificultad? Si, después de haber actuado con la prudencia que puedo, se lo confío a Dios ¿me abandonará Dios? ¡Qué ventaja, hermanas, al llenar así nuestro espíritu de Jesucristo! Es una fuerza para arrancarnos de tantas pequeñeces, que tienen tanta influencia sobre nosotras, y para refugiarnos en un conocimiento más alto y una ocupación más digna para nuestra alma inmortal, creada a semejanza de Dios.

No solamente hay que desprenderse, sino que es preciso que nuestra atención sea amorosa y fecunda, pensando que Nuestro Señor no está lejos de nosotras, tratar de imitarle y de ponerse, a menudo, en su presencia. Hay que empezar siempre por ahí en la vida espiritual, pues, no hay vida interior posible si no se empieza por estar atento y por ser fiel a Nuestro Señor Jesucristo, que habita en lo profundo de nuestras almas por la gracia, en el Santísimo Sacramento por la presencia real y que nos ha dado ejemplos para que los tengamos sin cesar ante nosotros y para imitarlos.

Si la hermana que pinta, cuando hace un cuadro mirase al vacío en vez de mirar a su modelo, si no lo mirase más que de lejos y de un modo vago y general, no haría nada que se le pareciese. Lo mismo, para conocer a Nuestro Señor y para formar en nosotros su imagen divina, hay que acercarse a Él y esforzarse en escucharle. Recuerdo que en mi juventud me habían hecho copiar el busto de Sixto V bajo cinco o seis aspectos, de manera que había llegado a saberme a Sixto V de memoria. Eso no me servía para nada, mientras que nosotras necesitamos contemplar así a Nuestro Señor en nuestro interior, para llegar a imitarle en sus diferentes aspectos.

Por eso la Iglesia nos lo presenta unas veces en su infancia, otras en su vida oculta, otras en su vida pública en sus sufrimientos, pidiéndonos que le imitemos en sus diversos misterios. Así, cuando nos presenta sus sufrimientos, como en Cuaresma, nos exhorta a la mortificación; cuando nos muestra su infancia, nos pide que entremos en su espíritu de humildad y así sucesivamente, porque de este modo, podemos adquirir un mayor conocimiento de Jesucristo.

De la atención hay que tratar de pasar al recogimiento. Hay aquí algo más. Nuestro Señor habita en nosotras por su gracia; y si el alma se sosiega, se serena, si, con frecuencia, entra en sí misma, si se dispone bajo la acción del Divino Maestro, que es la acción del Espíritu Santo, ya que el

Espíritu Santo es el espíritu de Jesucristo, el alma conocerá más todavía a Nuestro Señor Jesucristo. Hay ahí, en lo profundo del alma y en el recogimiento, un conocimiento que no podemos conseguir de otra manera, un conocimiento que vivifica todos los otros y que pronto sobrepasa todos los que podáis haber adquirido.

En fin, llego a la unión con Nuestro Señor Jesucristo; ahí tiene que conducirnos la atención y el recogimiento. Una persona unida a Nuestro Señor, al menos por momentos, está siempre en su mano, hace de ella lo que quiere, y entonces esa persona puede decir: *“Vivo, pero no yo, sino que es Cristo quien vive en mí”*².

He aquí la meta a la que vosotras, religiosas de la Asunción, tenéis que tender. He aquí el conocimiento perfecto que os indicaba antes. Todo cristiano está obligado a conocer a Dios y a Jesucristo su enviado, pero pocos cristianos en el mundo hacen lo que acabo de decir. Sí lo hacen, están en disposiciones admirables según su estado. Ha habido santos de todas las modalidades, es verdad; los ha habido en el matrimonio, los ha habido en el trono, los ha habido entre las gentes del campo; pero, en general, las almas, que no viven en estado de perfección, no tienen este conocimiento del que acabo de hablar, conocimiento que emana de ese esfuerzo, por escuchar a Jesucristo por encima de todo, luego por la atención continua del alma, por el recogimiento. en fin, por la unión.

Como Religiosas de la Asunción, debéis tender a esa perfección de vuestro estado, a la unión a Nuestro Señor, pero a una unión que sea real e íntima. Ello es fruto de un largo trabajo. No se llega a la unión sin un gran esfuerzo; no se llega a que el espíritu esté recogido y totalmente bajo la dependencia de Nuestro Señor, sin haberse esforzado mucho. Dios puede, en un instante, introducirnos en esa unión, por medio de la oración de quietud o de unión, pero después hay que seguir trabajando para mantener su gracia.

Las que, en los comienzos, crean que ya han llegado vivirán en la ilusión; las que al fin, lo han conseguido deben estimarse muy dichosas; porque es una gran dicha, después de haber trabajado mucho tiempo, llegar a un estado en el que Nuestro Señor Jesucristo es el maestro absoluto y soberano, estado en el que todo lo que Él pide se realiza, en el que el alma, completamente dócil en sus manos y con amor ardiente, se mantiene realmente a sus pies, como Magdalena, en ese santuario interior donde Dios habita.

² Ga. 2, 20.